

echasen olorosos perfumes: ni se ve la lumbre, ni dónde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces, como he dicho, participa el cuerpo. Mirad, entendedme, que ni se siente calor, ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas: sino para dároslo a entender. Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa así, y que se entiende, y lo entiende el alma más claro que yo lo digo ahora. Que no es esto cosa que se puede antojar, porque por diligencias que hagamos, no lo podemos admitir, y en ello mismo se ve no ser de nuestro metal, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina. Aquí no están las potencias unidas, a mi parecer, sino embeldadas y mirando como espantadas que es aquello.

Podrá ser que en estas cosas inferiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes. No es maravilla, porque en casi quinientos años (1) que ha que lo escribí quizá me ha dado el Señor más claridad en estas cosas de lo que entones entendía, y ahora y entones puedo errar en todo, mas no mentir; que, por la misericordia de Dios, antes pasaría mil muertes: digo lo que entiendo.

La voluntad bien me parece que debe estar unida en alguna manera con la de Dios; mas en los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse. Harto gran merced es de Nuestro Señor, si la conoce quien la recibe, y muy grande si no torna atrás. Luego queréis, mis hijas, procurar tener esta oración, y tenéis razón; que, como he dicho, no acaba

(1) Véase el capítulo primero de las mortadas cuartas.

de entender el alma las que allí la hace el Señor y con el amor que la va acercando más a Sí; que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido.

Dejemos cuando el Señor es servido de hacerla porque Su Majestad quiere, y no por más. El sabe el porqué; no nos hemos de meter en eso. Después de hacer lo que los de las mortadas pasadas, humildad, humildad. Por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de El queremos; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habéis de tener en vuestra vida. Diréisme que de esta manera, que cómo se han de alcanzar no procurándolos? A esto respondo, que no hay otra mejor de la que os he dicho y no procurarlos, por estas razones. La primera es menester lo primero que para sin interés. La segunda, porque es un poco de poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande. La tercera, porque el verdadero aparejo para esto es desear de padecer y de imitar al Señor, y no gustos, los que en fin le hemos ofendido. La cuarta, porque no está obligado Su Majestad a darnoslos, como a darnos la gloria si guardamos sus mandamientos; que sin esto nos podremos salvar, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y quién le ama de verdad; y así es cosa cierta, yo lo sé, y como personas que van por el camino del amor, como han de ir, por sólo servir a su Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida, esto es verdad. La quinta es porque trabajaremos en balde, que, como no se ha de

traer esta agua por arcaduces como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que, aunque más meditación tengamos, y aunque más nos estriegamos y tengamos lágrimas, no viene esta agua por aquí. Sólo se da a quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma.

Suyas somos, hermanas; haga lo que quisiere de nosotras, llévenos por donde fuere servido. Bien creo por quien de verdad se humillare y desasire (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo), que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear. Sea por siempre alabado y bendito. Amén.

CAPITULO III

EN QUE SE TRATA QUÉ ES ORACIÓN DE RECOGIMIENTO, QUE POR LA MAYOR PARTE LA DA EL SEÑOR ANTES DE LA DICHA. DICE SUS EFECTOS Y LOS QUE QUEDAN DE LA PASADA, QUE TRATÓ DE LOS GUSTOS QUE DA EL SEÑOR

Los efectos de esta oración son muchos; algunos diré. Y primero otra manera de oración, que comienza casi siempre primero que ésta, y por haberla dicho en otras partes (1), diré poco: un recogimiento que también me parece sobrenatural, porque no es estar en oscuro, ni cerrar los ojos, ni consistir en cosa exterior, puesto que sin quererlo, se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad, y sin artificio, parece que se va la-

(1) Vida, cap. XVI; *Cármelo de perfección*, capítulos XXVIII y XXXIX. Véase también la *Relación* al Padre Rodrigo Alvarez.

brando el edificio para la oración que queda dicha; porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo de su derecho, por que el alma vaya cobrando el suyo, que tenía perdido.

Dicen que el alma se entra dentro de sí, y otras veces que sobre sí (1). Por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me habéis de entender, y quizá será sola para mí. Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias (que ya he dicho que son la gente de este castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo), que se han ido fuera, y andan con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando a él, aunque no acaban de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa; sino no son ya traidores, y andan alrededor. Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérellos tornar a El, y como buen

(1) En el Padre Francisco de Osuna, leería la Santa estas expresiones. Hablando en el *Tratado abecedario* (tratado IX, capítulo VII) cuál sea mejor, entrar dentro de sí o subir sobre sí, dice: «Estas dos cosas: entrar el hombre en sí mismo y subir sobre sí, o retraerse el alma en sí, o subir en alto, son las dos cosas mayores que se hallan en este ejercicio, las que el hombre más debería procurar, y las que más satisfacen al corazón del hombre. El entrar en sí se hace con menos trabajo que no el salir sobre sí; y por tanto, me parece que cuando el alma está pronta e idónea para ambas cosas igualmente, debes entrar dentro de ti, porque el salir sobre ti, ello se verná sin tú procurarlo; resultando de lo primero que entrar dentro en ti, y será más puro entonces y más espiritual; empero, destas dos cosas siempre debes seguir la que más tu ánima desea, porque para aquello debes tener más gracia e favor.»

pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores, en que se estaban enajenados, y métese en el castillo.

Paréceme que nunca lo he dado a entender como ahora, porque para buscar a Dios en lo interior (que se halla mejor y más en nuestro provecho que en las criaturas, como dice San Agustín que le halló, después de haberle buscado en muchas partes) (1), es gran ayuda cuando Dios hace esta merced. Y no penséis que es por el entendimiento adquirido, procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí. Bueno es esto y excelente manera de meditación, porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mismos. Mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer (con el favor del Señor, se entiendo todo). Mas lo que digo es en diferente manera; y que algunas veces, antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor; que no fué por los oídos, que no se oye nada, mas sientese notablemente un encogimiento suave a lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor. Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga cuando se retiran hacia sí; y debíalo de entender bien quien lo escribió. Mas éstos, ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí que cuando Su Majestad la hace, es a personas que

(1) *Contemplaciones*, lib. X, cap. xxvii.

dejado estar cerca de él, y no será malo procurar no obrar con el entendimiento, si podemos, digo. Mas si este Rey aún no entendemos que nos ha oído ni nos ve, no nos hemos de estar bobos, que lo queda harto el alma cuando ha procurado esto; y queda mucho más seca, y por ventura más inquieta la imaginación, con la fuerza que se ha hecho a no pensar nada, sino que consideremos estar en su presencia, que El sabe lo que nos cumple. Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso Su Majestad limite, y las quiso dejar para Sí; lo que no dejó otras muchas que podemos con su ayuda, así de penitencias, como de obras, como oración, hasta donde puede nuestra miseria.

La segunda razón es que estas obras interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa pensosa antes daña que aprovecha. Llamo pensosa cualquier fuerza que nos queremos hacer, como sería pena de tener el huelgo; sino dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere de ella, con el mayor descuido de su provecho que pudiera, y mayor resignación a la voluntad de Dios. La tercera es, que el mismo cuidado que se opondrá no pensar nada, quizá despertará el pensamiento a pensar mucho. La cuarta es, que lo más sustancial y agradable a Dios es que nos acordemos de su honra y gloria, y nos olvidemos de nosotros mismos, y de nuestro provecho y regalo y gusto. ¿Pues cómo está olvidado de sí, el que con mucho cuidado está, que no se osa bullir, ni aun deja a su entendimiento y deseos que se buellan a desear la mayor gloria de Dios, ni que se huelgue de la que tiene? Cuando Su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpala

lo por otra manera, y da una luz al conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces, sin saber como, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras diligencias para echarle más a perder. Que pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos, y se tiene todo su premio, no hay para qué encantarlas, sino dejarlas hacer su oficio, hasta que Dios las ponga en otro mayor.

Lo que entiendo que más conviene que ha de hacer el alma, que ha querido el Señor meter a esta morada, es lo dicho, que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento; sino que es bien que se acuerde que está delante de Dios, y quién es este Dios. Si lo mismo que sienten en sí le embebiere, enhorabuena; mas no procure entender lo que es, porque es dado a la voluntad. Déjala gozar sin ninguna industria más de algunas palabras amorosas, que aunque no procuremos aquí estar sin pensar nada, se está muchas veces, aunque muy breve tiempo.

Mas, como dije en otra parte (1), la causa por que en esta manera de oración, digo en la que comencé esta morada (que he metido la de recogimiento con ésta, que había de decir primero, y es muy menos que la de los gustos que he dicho de Dios; sino que es principio para venir a ella; que en la del recogimiento no se ha de dejar la meditación, ni la obra del entendimiento, en esta fuente manantial, que no viene por arcaduces, él se comide; o le hace comedir ver que no entiendo lo que quiere, y así anda de un cabo a otro, como tonto que en nada hace asiento. La vo-

(1) *Camino de perfección*, cap. xxxi.

luntad le tiene tan grande en su Dios, que la da gran pesadumbre su bullicio; y así no ha menester hacer caso de él, que la hará perder mucho de lo que goza, sino dejarle y dejarse así en los brazos del amor: que Su Majestad la enseñará lo que ha de hacer en aquel punto, que casi todo es hallarse indigna de tanto bien y emplearse en haciimiento de gracias.

Por tratar de la oración de recogimiento, dejé los efectos o señales que tienen las almas a quien Dios Nuestro Señor da esta oración. Así como se entiende claro un dilatamiento o ensanchamiento en el alma, a manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa, que mientras más agua manase, más grande se hiciese el edificio; así parece en esta oración, y otras muchas maravillas que hace Dios en el alma, que la habilita y va disponiendo para que quepa todo en ella. Así esta suavidad y ensanchamiento interior, se ve en el que le queda para no estar tan atada como antes en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura. Así en no apretarse con el temor del infierno, porque aunque le queda mayor de no ofender a Dios (el servil piérdese aquí), queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El temor que solía tener a los trabajos, ya va más templado; porque está más viva la fe y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que lo sufra con paciencia; y aun algunas veces los desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios. Como

va más conociendo su grandeza, tiénese ya por más miserable; como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura los del mundo; vase poco a poco apartando de ellos, y es más señora de sí para hacerlo. En fin, en todas las virtudes queda mejorada, y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás ya a hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre. Tampoco se entiende, que de una vez o dos que Dios haga esta merced a un alma, quedan todas estas hechas, si no va perseverando en recibirlas, que en esta perseverancia está todo nuestro bien.

De una cosa aviso mucho a quien se viere en este estado: que se guardé muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender a Dios. Porque aquí no está aún el alma criada, sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? Yo he mucho temor, que a quien Dios hubiere hecho esta merced y se apartare de la oración, que será así, si no es con grandísima oración, o si no torna presto a ella, porque irá de mal en peor. Yo sé que hay mucho que temer en este caso y conozco a algunas personas, que me tienen harto lastimada, y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se le quería dar por amigo, y mostrárselo por obras. Aviso tanto que no se pongan en ocasiones, porque pone mucho el demonio más por un alma de éstas que por muy muchas a quien el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo, y hacer gran provecho, podría ser, en la Iglesia de Dios. Y aunque no haya otra cosa sino ver el que Su Majestad las muestra amor particular,

basta para que él se deshaga por que se pierdan; y así son muy combatidas, y aun mucho más perdidas que otras, si se pierden. Vosotras, hermanas, libres estáis de estos peligros, a lo que podemos entender; de soberbia y vanagloria os libre Dios; y de que el demonio quiera contrahacer estas mercedes, conocerse ha en que no hará estos efectos, sino todo al revés.

De un peligro os quiero avisar, aunque os lo he dicho en otra parte, en que he visto caer a personas de oración, en especial mujeres, que como somos más flacas, ha más lugar para lo que voy a decir. Y es, que algunas, de la mucha penitencia y oración y vigillas, y aun sin esto, sonse flacas de complexión. En teniendo algún regalo, sujétales el natural; y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo exterior, y una flaqueza, cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho, paréceles que es lo uno como lo otro, y déjense embebecer. Y mientras más se dejan, se embebecen más; porque se enflaquece más el natural y en su seso les parece arrobamiento. Y llámelo yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud.

A una persona le acaecía estar ocho horas; que ni están sin sentido, ni sienten cosa de Dios. Con dormir y comer y no hacer tanta penitencia, se le quitó a esta persona, porque hubo quien la entendiese; que a su confesor traía engañado; y a otras personas, y a sí misma; que ella no quería engañar. Bien creo que haría el demonio alguna diligencia para sacar alguna ganancia, y no comenzaba a sacar poca.

Hase de entender que cuando es cosa verdaderamente de Dios, que

aunque hay caimiento interior y exterior, que no le hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan cerca de Dios; ni tampoco dura tanto, sino muy poco espacio. Bien que se torna a embebecer, y en esta oración, si no es flaqueza, como he dicho, no llega a tanto que derrueque el cuerpo, ni haga ningún sentimiento exterior en él. Por eso tengan aviso, que cuando sintieren esto en sí, lo digan a la prelada, y diviértanse lo que pudieren, y hágalas no tener horas tantas de oración, sino muy poco, y procure que duerman bien y coman, hasta que se les vaya tornando la fuerza natural, si se perdió por aquí. Si es de tan flaco natural que no le baste esto, créame que no la quiere Dios sino para la vida activa, que de todo ha de haber en los monasterios; ocúpela en oficios, y siempre se tenga en cuenta que no tenga mucha soledad, porque vendrá a perder del todo la salud. Harta mortificación será para ella; aquí quiere probar el Señor el amor que le tiene, en cómo lleva esta ausencia, y será servido de tornarle la fuerza después de algún tiempo; y si no, con oración vocal ganará, y con obedecer, y merecerá lo que había de merecer por aquí, y por ventura más.

También podría haber algunas de tan flaca cabeza e imaginación, como yo las he conocido, que todo lo que piensan les parece que lo ven; es harto peligroso. Porque quizá se tratará de ello adelante, no más aquí; que me he alargado mucho en esta morada, porque es en la que más almas creo entran. Y como es también natural junto con lo sobrenatural, puede el demonio hacer más daño que en las que están por decir, no le da el Señor tanto lugar. Sea por siempre alabado. Amén.